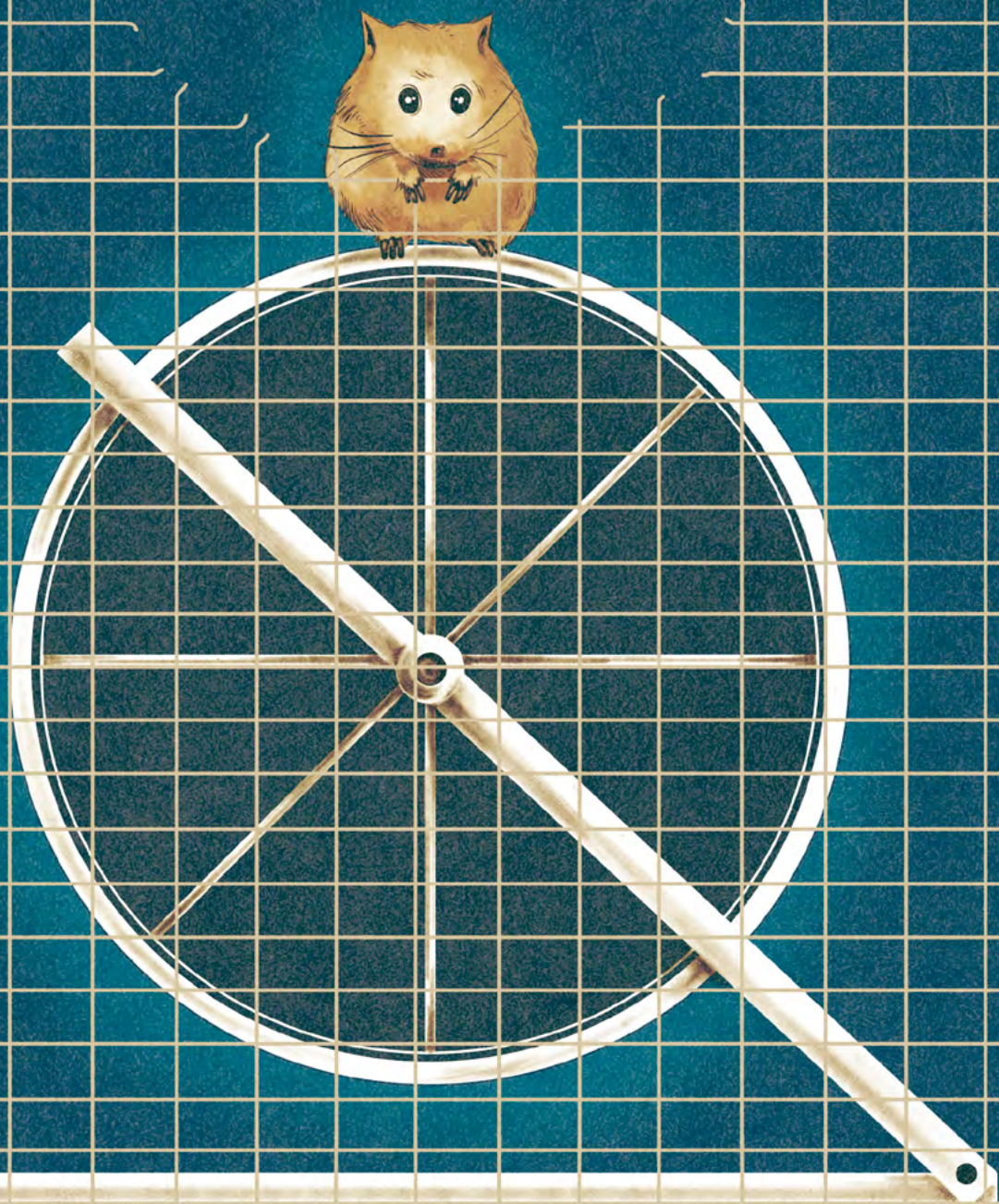


¿Y SI EL HÁMSTER DEJARA DE MOVER LA RUEDA CAPITALISTA?

Amaia Pérez Orozco
Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate



¿Y SI EL HÁMSTER DEJARA DE MOVER LA RUEDA CAPITALISTA?

Amaia Pérez Orozco
Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate

Este texto es fruto de la síntesis de dos artículos de opinión publicados en *eldiario.es* bajo este mismo título los días 11 de noviembre y 8 de diciembre de 2020.



Traducción: Belaxe, Koop. E.

Diseño y maquetación: Iñaki Landa

Licencia: Esta publicación está bajo una licencia Reconocimiento - No comercial - Compartir bajo la misma licencia 3.0 España de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es>

ÍNDICE

1. <u>Transitar fuera de la rueda capitalista</u>	4
1.1. <u>El capitalismo derrama bienestar</u>	5
1.2. <u>Del derrame al conflicto capital-vida</u>	6
1.3. <u>La vida en alerta en un capitalismo roto</u>	8
2. <u>Salgamos de la rueda capitalista</u>	9
3. <u>Un marco de referencia inacabado para transitar fuera de la rueda</u> ..	10
3.1. <u>Amalurrización o "hacer las paces con la biosfera"</u>	12
3.2. <u>Desmercantilización o "menos dinero y más colectivo"</u>	14
3.3. <u>Descorporativización o "contra las grandes empresas, ya"</u>	15
3.4. <u>Territorialización o "soberanías en lo local"</u>	17
4. <u>Continuando el debate</u>	17

1. TRANSITAR FUERA DE LA RUEDA CAPITALISTA

Un desánimo profundo. Quizá sea esto lo que respiramos casi todo el mundo¹. Al menos los mundos que habitamos las mayorías sociales, el pueblo, la clase trabajadora, como queramos llamarnos. Un desánimo que nace por la conciencia de estar viviendo un cercamiento intenso de las condiciones de vida. Un cercamiento global, ecosistémico. "Sin casa, sin curro, sin pensión". Así arrancaba ya hace diez años *Juventud sin futuro* en 2011. "Sin miedo", añadían también, conjurándose para que el desánimo no se convirtiera en este sentimiento.

Que no nos dé miedo un futuro distinto. Entender lo que nos pasa puede ser un antídoto contra esa sensación paralizante. Y lo que nos pasa, fundamentalmente, es el capitalismo, en su entretejido consustancial con el colonialismo y el heteropatriarcado. No obstante, parece que somos incapaces de pensarnos más allá de sus límites, para imaginarnos que "un fin del mundo distinto es posible". La clase trabajadora como hámster pedaleando sin parar para mantener la rueda capitalista; para obtener, con ese pedaleo, su exigua cuota de bienestar. Esta imagen creemos que expresa bien nuestra situación. En esta metáfora subyace el muy extendido relato de que solo si prosiguen el crecimiento económico (léase:

mercantil) y la acumulación de capital podremos sostener, aun precariamente, nuestras vidas.

No hay más que analizar las diferentes propuestas que hacen, tanto las derechas como parte significativa de las izquierdas, para enfrentar el actual estallido pandémico y la crisis civilizatoria en la que este se inserta, para confirmar que el marco de lo posible y la agencia política se limitan a asumir dicho mantra: el bienestar popular es solo una derivada de la acumulación capitalista. Es la vieja pero muy actual *teoría económica del derrame*, según la cual la ganancia empresarial se derrama en beneficio social gracias al empleo y a las políticas públicas.

Pero el capitalismo, con sus relatos, no es una imposición divina, ni un destino histórico inevitable. Es un proyecto que, en su huida hacia adelante, nos conmina a correr para mantener el ritmo incesante de una rueda que, con más o menos empleo y políticas públicas, nos despeña por una pendiente de colapso ecológico, desigualdades crecientes, violencia estructural y control social. La teoría del derrame, que siempre ha sido una falacia, muestra ahora enormes socavones: no hay crecimiento sostenido, el empleo se precariza y reduce vía digitalización y automatización, y las políticas públicas son capturadas, en términos generales, en favor del poder corporativo.

1. Dos apuntes lingüísticos antes de comenzar la lectura. En este texto intentamos escapar del binarismo heteronormativo en el lenguaje. Para ello, además de apostar por palabras no marcadas por el género, en ocasiones usamos la "x" para enfatizar el carácter plural en términos de identidad sexual y de género del conjunto social al que nos referimos. En otras ocasiones, utilizamos un femenino genérico para hacer contrapeso al histórico uso del masculino genérico (que también aparece en alguna ocasión). No apostamos por una única opción de manera consciente, porque no creemos que haya que contraer con ninguna "sacrosanto matrimonio"; como argumentan Beatriz P. Repes y Paula Pérez-Rodríguez en su llamado a la "*desobediencia lingüística*". Además, en alguna ocasión hablamos de las mujeres*, utilizando el asterisco como un atajo para señalar el carácter desigual y diverso de dicho sujeto, como una forma de enfatizar que el género se construye en intersección con otros ejes de privilegio y opresión (por el mismo motivo, si habláramos de *hombres*, deberíamos hablar de *hombres**).

Necesitamos salir de esta trampa de la acumulación: la rueda capitalista no derrama bienestar, sino que ataca lo vivo. El conflicto capital-vida explica el capitalismo mejor que la teoría del derrame. A pesar de todo, la trampa existe: hoy por hoy estamos en la rueda. El poder corporativo controla los medios de reproducción de la vida, y nuestra propia concepción del bienestar está hondamente mercantilizada. La hegemonía actual del relato y la agenda corporativa es tal que el colapso capitalista tendría (está teniendo) un impacto notable en términos del bienestar de las mayorías sociales. No podemos negarlo. Tampoco resignarnos, desanimarnos, temer.

Y, porque no queremos ni quedarnos en la trampa, ni negar su existencia, es por lo que consideramos que necesitamos propuestas de transición: estrategias que mitiguen ese impacto negativo, a la vez que abren sendas para una reorganización socioeconómica fuera de la rueda, bajo otros sentidos de la vida que merece ser vivida en común. Este proceso, que no pretende construir de repente un mundo radicalmente distinto fuera del sistema, pero tampoco resignarse a él, solo podemos abrirlo desde el conflicto con el sistema y la conciencia de su trampa.

Este texto hace así un llamamiento a transitar fuera de la rueda capitalista, planteando en consecuencia una serie de ejes de referencia para orientar dichas estrategias de transición. Buscamos un diálogo horizontal que construya inteligencia colectiva, única forma de afrontar la complejidad del momento, más aún de las respuestas. A ese diálogo queremos contribuir desde nuestra mirada situada, localizada en Europa y con un cierto tamiz económico: desde ahí es desde donde vemos nuestras realidades.

Lo hacemos sabiendo que nadie hablamos desde la pureza, por lo que sí o sí nos vamos a equivocar. Toca buscar respuestas suficientemente buenas, nunca perfectas.

1.1. El capitalismo derrama bienestar

Habitar el capitalismo no es estar aquí por casualidad, como podríamos estar en otro sitio. Es estar permeadas por su consigna civilizatoria según la cual el flujo del capital y de la renta se convierte en la premisa del bienestar general. La prioridad colectiva consiste entonces en favorecer la dinámica de maximización de las ganancias empresariales para, desde ahí, derramar bienestar sobre el conjunto de la sociedad a partir, fundamentalmente, de dos intermediaciones: el empleo y el Estado.

El empleo es la principal bisagra que articula ambos polos: a mayor ganancia, mayor inversión y, en consecuencia, mayor empleo, del que se deriva el consumo, ergo, el bienestar. Supuestamente, este genera así los ingresos suficientes para sostener la vida, para consumir de manera masiva y para sostener el flujo de la renta vía demanda. Además, permite acceder a una parte importante de los derechos sociales, estructuralmente vinculados al trabajo en el mercado: salud, paro, jubilación, viudedad, etc.

El Estado, por su parte, es la segunda intermediación, a través de una doble vía: la primera, el desarrollo de políticas públicas sociales que posibilitan ciertas dinámicas redistributivas, y permiten así mitigar las desigualdades y aportar a la sostenibilidad

y reproducción de las vidas. La segunda, el impulso de normativa de regulación de los mercados y contención del poder corporativo, buscando que estos se sujeten, de una u otra manera, al interés general.

Ahí se sitúa el marco capitalista de lo posible. El mayor o menor peso concedido a estas intermediaciones marca las diferencias políticas dentro de ese posibilismo capitalista: cómo generar sendas estables de inversión, cómo crear más y mejor empleo, qué fiscalidad y qué políticas públicas se pueden poner en marcha... ese es el margen aceptado. Se comparte de este modo un esquema similar: que siga rodando la rueda de la acumulación de capital es condición *sine qua non* para nuestras vidas. Para las derechas, condición (cuasi) suficiente. Para las izquierdas que asumen este marco, condición necesaria, pero no suficiente, por lo que se apuesta por fortalecer instituciones públicas y condiciones laborales.

El debate se entrapa dentro de la secuencia *capital-empleo-estado-bienestar*, que nos cohesionaría a todos en torno a objetivos compartidos, nos garantizaría un escenario de estabilidad y crecimiento, sin grandes conflictos. ¿Está este horizonte profundizando el desánimo?

1.2. Del derrame al conflicto capital-vida

El desánimo es, quizá, consecuencia de la promesa incumplida. Es un relato falaz, que siempre ha ocultado una realidad marcada por la insostenibilidad y por múltiples desigualdades. Nos constriñe a un horizonte de bienestar popular que se alcanzaría a través de dos débiles intermediaciones,

sobre las que intentar incidir, pero siempre sin alterar lo más mínimo la lógica de la acumulación de capital como premisa incuestionable.

Respecto al empleo, no puede negarse que nuestro bienestar actual depende en gran medida de él. Sí, somos *esclavas del salario*. Pero este nexo no es inalterable ni ahistórico. Se genera en el marco de un proceso de desposesión de los medios de reproducción de la vida colectiva, que pasan a convertirse en medios privatizados de *producción* (acumulación) de capital. Una vez que se nos ha desposeído, nuestros sentidos comunes y nuestras expectativas vitales se mercantilizan y dirigen hacia el empleo como única alternativa aparentemente viable, así como hacia el consumo como eje vertebrador del bienestar.

Reconocer esta esclavitud nos permite identificarnos a las mayorías sociales como clase trabajadora. Podría ayudarnos a construir confrontación política no desde el empleo, sino contra el empleo, en tanto que un trabajo alienado que no hacemos por su sentido social, sino porque necesitamos dinero para resolver una vida mercantilizada. Para evitar acumulemos fuerzas y construyamos esta confrontación, el poder corporativo juega, en ocasiones, al despiste. Lanza así lo que podríamos llamar *dispositivos de dilución de las clases*, que nos empujan a los trabajadores bien a tratar de vivir de rentas y finanzas y no del salario, bien a convertirnos en nuestros propios jefes a través de la figura del emprendedurismo. Pero este despiste tiene poco recorrido y es que sí, dependemos del empleo. Sin embargo, en lugar de confrontar desde esta constatación, caemos en el argumento trampa: sin empleo, no somos, no podemos

ser ni vivir. Y de este se sirve el poder corporativo para amenazar con la pérdida de puestos de trabajo como excusa para socializar sus riesgos.

Además, este nexo entre empleo y bienestar tiene una contracara, una *cara-B* que resuelve (o intenta resolver) todo aquello donde no llega el salario y todo el daño que los mercados hacen a la vida. Son ese acumulado de los trabajos invisibilizados (aquellos que en ocasiones hemos llamado *cuidados*), que, en última instancia, mal-sostienen la vida. Son la cara oculta del trabajo asalariado, su residuo y su base, trabajos que se feminizan, racializan e invisibilizan. Son la base oculta del iceberg que ha pugnado por salir a la luz con la pandemia.

De este modo, el capital y el trabajo se evidencian como antagonistas, en ningún caso como aliados, tanto en lo que se refiere a la desigual disputa ente clases por el plusvalor en el ámbito mercantil, como en lo referente a esa *cara-B* indispensable para el mantenimiento del flujo del capital. Frente a un relato que nos hace sentir que la vida y el trabajo dependen de las empresas, podemos afirmar que son estas las que dependen de la reproducción de la vida.

Este conflicto entre el capital y el trabajo se vincula a otra serie de conflictos estructurales. Un segundo, el conflicto heteropatriarcal, que garantiza que ese mal-sostenimiento de la vida se realice desde los trabajos que no existen (los *cuidados*) en los ámbitos que no son económicos (los hogares en red) y por los sujetos que no son sujetos políticos (las mujeres*); siendo este el sentido profundo de la división sexual del trabajo en el capitalismo. Tercero, la desigualdad intrínseca al sistema y a los pro-

cesos globales de acumulación y despojo, legitimada bajo un relato y una práctica racistas y colonialistas que rechazan, *otrifican* y degradan vidas, saberes y poderes alejados de los centros y las élites. Y cuarto, la dinámica de crecimiento incesante del capitalismo, que se sostiene sobre la farsa de una base física y material infinita, así como de un ecosistema perfectamente abierto, dando lugar en su evolución depredadora a un conflicto entre capital y naturaleza, hoy llevado al paroxismo.

Esta intersección de conflictos nos lleva a hablar de la vigencia de un gran conflicto capital-vida. Se trata de una tensión estructural e irresoluble sobre la que se asienta el capitalismo y que nunca ha sido, ni puede ser, eliminada por la acción del empleo ni de las políticas públicas. Esta, y no la teoría del derrame, es la explicación que más se acerca a lo que hoy día ocurre.

Sin llegar a reconocer la existencia del conflicto como tal, pero sí aceptando la existencia de tensiones, el estado (del bienestar) se legitima a sí mismo como el mecanismo para eliminarlas, para garantizar condiciones de vida dignas en el marco de una economía de mercado capitalista. Juega una doble función de legitimidad, garantizando ciertos mínimos de bienestar, y de acumulación, asegurando que el circuito del capital funciona. Podemos decir que es a la par logro momentáneo (y parcial, porque los estados del bienestar del norte global siempre se han asentado sobre la división sexual y racializada del trabajo, el despojo del sur global y el expolio medioambiental) de la clase obrera y renuncia estructural. Pero la tensión es honda y siempre acaba saltando y, cuando salta, el Estado vira siempre hacia el mismo lado.

A lo largo de décadas hemos asistido a una ofensiva corporativa por la captura de lo público y lo común. Por un lado, las empresas transnacionales han logrado elevar los principales ámbitos de decisión hacia escalas regionales y globales, alejadas de la ciudadanía y mucho más proclives a la presión corporativa. Tanto es así que están conformando una constitución corporativa global de la mano de la nueva oleada de tratados de comercio e inversión de última generación. Por otro, la apisonadora neoliberal lleva desde los años 70 privatizando empresas públicas, desregulando derechos colectivos, jibarizando las políticas sociales allí donde estaban vigentes, así como enarbolando nuevos imaginarios como las alianzas público-privadas, que en la práctica ponen a las instituciones al servicio de lo empresarial.

Es evidente que no podemos confiar en la figura del Estado como intermediario principal de bienestar a escala planetaria dentro del capitalismo, máxime en un sistema sostenido sobre procesos globales de desposesión. En el mejor de los casos y en unos lugares del mundo más que en otros (o a costa de otros), las políticas sociales y redistributivas tienden a mitigar una creciente situación desigual de control y propiedad de los medios de reproducción de la vida, sin poner mínimamente en riesgo la máxima del *business as usual*. Afirmar esto no obvia que lo público pueda ser espacio de disputa desde nuevas perspectivas de lo común, pero sí desplaza esta disputa fuera del posibilismo capitalista y la sitúa en un marco de transición desde la confrontación, como luego comentaremos.

En definitiva, el sistema orquestado alrededor del capitalismo, más que derramar

bienestar gracias a las intermediaciones del empleo y el Estado, se muestra como un sistema múltiple de dominación atravesado por diversos conflictos que confluyen en el *meta-conflicto capital-vida*. Posicionar este conflicto significa decir que, en este sistema, las vidas tienen valores radicalmente desiguales: las de valor máximo de quienes detentan el poder corporativo; las de valía desigual y con márgenes para ejercer ciertos privilegios en la medida en que sirven a ese poder; las que solo valen muertas o son simplemente despojos. Para poder construir el carácter biocida del capitalismo como un problema común, debemos abordar las profundas desigualdades que atraviesan la vida colectiva. Posicionar este conflicto significa, también, asumir que la reproducción de la vida está en peligro, por lo que debemos trascender el estrecho marco de lo posible, de manera decidida y urgente.

1.3. La vida en alerta en un capitalismo roto

Hoy asistimos, además, a un momento de extrema agudización del conflicto entre capital y vida. El capitalismo no garantiza un horizonte de estabilidad y crecimiento, por un lado, ni cuenta ya con dispositivos que mínimamente generalicen trasvases de bienestar a las mayorías populares, aunque sea solo en ciertas latitudes, por el otro.

El [capitalismo está gripado](#), atraviesa una profunda crisis de acumulación. Es incapaz en primer lugar de generar una nueva onda larga de productividad generalizada, inversión, empleo y consumo, tal y como hasta la OCDE reconoce. En segundo término,

su dinámica de crecimiento incesante ha superado ya los límites físicos del planeta, como evidencian el imparable cambio climático y el agotamiento de materiales y fuentes fósiles de energía. Se ve así ante la irresoluble paradoja de crecer con una base física menor y más vulnerable; y este es un fenómeno sin parangón histórico. Tercero, la apuesta estratégica por la economía digital, si bien no hay constancia de que sea el motor para una nueva fase sólida de acumulación, sí que ahondará en las lógicas de precarización y reducción en términos absolutos del empleo, minimizando su relevancia como intermediación. Cuarto, el impresionante protagonismo de las mega-empresas *big tech* amplía el alcance y dimensión del poder corporativo, en detrimento de unas instituciones públicas incapaces (o sin voluntad alguna, en muchos casos) de regularlo. Y quinto y último, la mayoría de los Estados sufren en la actualidad una nueva ofensiva para consolidar la alianza público-privada en favor de la hegemonía corporativa, con un rol más significativo en términos de inversión y sostenimiento del consumo, en detrimento de políticas redistributivas y de regulación de los mercados, lo que les alejaría definitivamente de un horizonte de defensa del interés colectivo.

De este modo, la teoría del derrame ya no es que muestre grietas, sino que hace aguas. Sus intermediaciones se diluyen. Si esta teoría pudo seguir seduciendo con la promesa del éxito, hoy el hilo de continuidad entre la precariedad en la vida y la exclusión es el régimen de existencia que habitamos de forma desigual cada vez más segmentos de población, en cada vez más zonas del planeta. El sueño del *desarrollo* se ha hecho añicos. Y, a menor capacidad de

seducción, mayor es la violencia que nos sujeta y que se ejerce para garantizar la subalternidad de quienes, con sus trabajos, pelean por que la vida mal continúe en condiciones cada vez más hostiles. El redoble de las violencias racistas y heteropatriarcales no se explican solo por su funcionalidad al capitalismo y por ser una vía para lamer las heridas de una masculinidad blanca cada vez más fracasada, pero tampoco son ajenas a todo ello.

2. SALGAMOS DE LA RUEDA CAPITALISTA

Hoy más que nunca necesitamos salirnos de una rueda que está despeñándose. Enfrentar con potencia y esperanza el abismo social y el colapso ecológico requiere ampliar el marco de agencia política más allá del empleo, la fiscalidad y las políticas públicas, que siempre tienen su condición en el sostenimiento de la acumulación de capital. No se trata de renunciar, ni mucho menos, a estos espacios de disputa que están dentro de la rueda. Sino de usarlos para desbordarlos y junto a otros que surgen ya desde otras lógicas. Precisamos lo que podemos llamar *estrategias de transición*, que salgan del posibilismo capitalista y nos permitan transitar el camino desde lo que hay hoy a lo que deseamos que haya.

Estas estrategias de transición deben permitirnos dos cosas. Por un lado, mitigar los impactos derivados de la decisión de dismantelar la rueda capitalista. Estos, sin duda, serán notables, dada la asimetría de poder y la desposesión continuada que hemos sufrido en términos de propiedad y control de los medios básicos de reproduc-

ción de la vida, hoy convertidos en medios de acumulación de capital. Por otro lado y al mismo tiempo, estas estrategias de transición deben situarnos en un horizonte viable de profundas transformaciones de las tramas, estructuras y sentidos comunes hegemónicos. Abogamos por un enfoque que asuma, por tanto, una tensión permanente entre presente y futuro; entre lo urgente y lo estratégico; entre prácticas y relatos; entre lo actualmente central (derechos laborales para un trabajo estructuralmente alienado, mecanismos de ese estado del bienestar que pretende borrar el conflicto capital-vida), lo situado en los márgenes (redes de cuidados, economías campesinas y populares, economía social transformadora, etc.), y lo emergente.

Esta tarea no es ni podrá ser sencilla. ¿Cómo la aterrizamos a la práctica? ¿Qué referencias nos ayudarían a articular estrategias a tal efecto? ¿Con qué acumulado de fuerzas impulsarlas? ¿De qué modo romper con el estrecho marco que nos ofrece la agenda socialdemócrata, esto es, la versión progresista de la trampa de la acumulación? ¿Cómo, en sentido contrario, evitamos perder el contacto con el proceso real de actuación en pos de un horizonte ideal? ¿Qué valor damos a las diferentes propuestas que están hoy sobre el tablero político, o a otras aún por posicionarse? ¿Cómo podemos equivocarnos y, juntas, reconducir y volver a fallar o, quizá esta vez acertar?

3. UN MARCO DE REFERENCIA INACABADO PARA TRANSITAR FUERA DE LA RUEDA

Muchas preguntas en búsqueda de respuesta. Respuestas que, en ningún caso, pueden ser definitivas, máxime en el sistema hipercomplejizado y el contexto incierto en que vivimos. Desterrando cualquier pretensión de dogma, de agenda cerrada y totalizadora, asumimos la parcialidad y el carácter situado de nuestras propuestas, para así poder desarrollar un sincero diálogo horizontal e interseccional.

Desde ahí, y reconociendo nuestro sesgo economicista y europeo, planteamos el siguiente *marco de referencia* para la transición fuera de la rueda capitalista, basado en cuatro ejes complementarios: *amalurri-zación*, desmercantilización, descorporativización y territorialización de la organización colectiva de la vida.

Estos ejes son únicamente puntos de partida para la posterior elaboración de agendas y estrategias contextualizadas, nunca un edificio acabado. Los entendemos como faros que nos ayuden a navegar la complejidad de la contienda política actual y a prefigurar sendas por las que transitar del actual marco de lo posible, definido por el crecimiento capitalista, a otro alternativo que posicione una *reorganización profunda de las bases del capitalismo a partir de una redistribución radical y multidimensional en favor de un común diverso*. Frente a la acumulación biocida en manos del poder corporativo, buscamos ir asentando un tejido político y socioeconómico donde todas las vidas importen.

1. AMALURRIZACIÓN "HACER LAS PACES CON LA BIOSFERA":

- Procesos de planificación democrática en la generación, utilización y gestión de energía, materiales y residuos.
- Regulación democrática de los bienes naturales.
- Confrontación estratégica con el relato del capitalismo verde y el *green new deal*.



2. DESMERCANTILIZACIÓN "MENOS DINERO Y MÁS COLECTIVO":

- Colectivización de los principales medios de reproducción de la vida.
- Redistribución, revalorización y reorganización de todos los trabajos.
- Desmercantilización y deslaboralización del marco de derechos.



3. DESCORPORATIVIZACIÓN "CONTRA LAS GRANDES EMPRESAS, YA":

- Desmantelamiento de la arquitectura político-jurídica de la impunidad corporativa.
- Regular al poder corporativo en favor de la clase trabajadora.
- Impulso de iniciativas y sistemas basados en otras economías.



4. TERRITORIALIZACIÓN "SOBERANÍAS EN LO LOCAL":

- Nuevo modelo de gobernanza global.
- Revisión de la figura del Estado-nación.
- Arraigo de los modelos socioeconómicos en el territorio.



La primera implicación de asumir este marco de referencia pasa por una redefinición integral y democrática de sentidos comunes, valores y prioridades socioeconómicas. La acumulación ataca los mínimos democráticos y pone en riesgo la sostenibilidad de la vida. Por eso no puede ser el valor hegemónico para definir el *bienvivir* ni organizar los modos en que intentamos alcanzar este objetivo colectivo. Despegar nuestros sentidos vitales de lo mercantil y desposeer, reducir a la mínima expresión y descentrar a los mercados capitalistas y las empresas transnacionales (espacio y protagonistas, respectivamente, de dicha acumulación), se convierte en condición necesaria.

En segundo término, nuestro horizonte requiere la ampliación del debate político, hoy en día acotado fundamentalmente al crecimiento mercantil y a las intermediaciones basadas en la redistribución de recursos, siempre dentro de la teoría del derrame. Planteamos abrir todas las ventanas políticas desde una mirada integral de la redistribución (riqueza, renta, trabajos, derechos, tiempos, saberes, materia, energía, bienes comunes, etc., que incluya también una redefinición crítica del papel del Estado y del empleo), atravesada por una perspectiva de clase, feminista y decolonial, que ponga especial énfasis en la propiedad, el control y la gestión colectiva de los principales medios de reproducción de la vida. Lo esencial para la existencia en común debe estar en manos comunes.

Tercero y último, abogamos por redistribuir virviendo las múltiples dominaciones inherentes al capitalismo, sus *caras-B*. Hay que quitar poder y recursos a mercados y grandes empresas, y, en sentido contrario, posicionar en el centro lo que sostiene realmente la vida y a quienes sostienen realmente la vida; a aquello y aquellas que estamos, aunque deficientemente, entreviendo a lo largo de la pandemia. Necesitamos dar valor y protagonismo a los trabajos emancipados, los cuidados mutuos, las economías populares y campesinas, los territorios y los bienes comunes, a partir del fortalecimiento de la alianza público-comunitaria.

Bajo esta perspectiva de vuelco de prioridades y de ampliación del debate político, pasamos a explicar los ejes que aterrizan nuestro enfoque: tras una sintética explicación de nuestra acepción de cada término,

apuntamos ideas-fuerza que lo desarrollan políticamente. A su vez, realizamos algunas breves reflexiones sobre temas candentes en las agendas de las izquierdas: renta básica, cuidados, fiscalidad, *green new deal*, digitalización, etc., evaluando su potencialidad para favorecer la salida de la rueda capitalista y articularse con otras iniciativas en estrategias de transición, nunca exentas de tensiones.

3.1. Amalurrización o "hacer las paces con la biosfera"²

Ama-Lurra, Pachamama, Gaia... distintas palabras para nombrar la compleja trama de la vida y afirmar que lo socioeconómico no es más que un subsistema que dentro de un planeta finito y semicerrado. El decrecimiento de la base material de cualquier sistema socioeconómico por el que apostemos desde hoy (la reducción de la cantidad de energía y materia disponibles, así como la disponibilidad de sumideros para los residuos) no está en cuestión; se producirá sí o sí, porque hace tiempo que fuimos más allá de los límites y el colapso ecológico ya está aquí. El debate real que enfrentamos es cómo se distribuirá esa menguante base material, si desde premisas emancipadoras o, al contrario, ecofascistas; si de forma deseada y planificada o sorpresiva y caótica.

La fe de la teoría del derrame en que la tecnología desmaterialice y vuelva sostenible la economía, sin cuestionar la acumulación, se muestra como una [absoluta quimera](#). Bien al contrario, es preciso asumir la res-

2. Tomamos esta expresión de Jorge Riechmann.

ponsabilidad de reintegrar a la economía dentro de los límites físicos del planeta y su naturaleza semicerrada, al mismo tiempo que abordamos una profunda redistribución ecológica a escala global. Esta *amalurización* de la organización de la vida es una apuesta en parte inevitable, en parte imprescindible.

Como desarrollo de dichas apuestas, planteamos tres ideas-fuerza. En primer lugar, es clave avanzar en *procesos de planificación democrática en la generación, utilización y gestión de energía, materiales y residuos*. Necesitamos superar los mercados y los precios como fórmulas de distribución de recursos en favor de planes a todas las escalas (desde lo global a lo local) que, desde una perspectiva de derechos, redefinan la propiedad, la gestión y el uso de la base material del sistema socioeconómico en función de las prioridades sociales y asumiendo los límites biofísicos. Para ello, es fundamental situar ciertos ámbitos (como la energía o los residuos, no solo domésticos) en la órbita público-comunitaria, generar espacios de gobernanza global capaces de enfrentar una redistribución ecológica, así como plantear el cierre gradual de sectores y empresas específicas, acompañado de mecanismos de compensación social.

En segundo término, abogamos por la *regulación democrática de los bienes naturales*. Desterrar la maximización de la ganancia corporativa de ámbitos como la tierra y el agua; apostar inequívocamente por las economías campesinas y la agroecología como modelo; regular precios en el ámbito energético y favorecer la generación limpia y local (eliminando todo pool y/o monopolio, a la par que se da esa apuesta por inicia-

tivas público-comunitarias), impidiendo la pobreza energética; y limitar la generación de residuos, asegurando su recogida y tratamiento sostenible (normativa de envases, apuesta por sistemas como el [puerta a puerta](#)), pudieran ser pasos fundamentales en este sentido. Además, proponemos la prohibición de [megaproyectos](#) como herramienta extractiva al servicio de los mercados globales.

Por último, planteamos la *confrontación estratégica con el relato del capitalismo verde y el green new deal*, que coloniza hoy el imaginario político y mediático, incluso de alguna izquierda. Pretender resolver la crisis ecológica y socioeconómica desviando empleo de sectores insostenibles a otros supuestamente limpios, sin cuestionar los modelos y escalas de producción y consumo, es constreñirnos de nuevo al posibilismo capitalista, pintando de verde una rueda que se despeña. La apuesta verde de las élites globales es fruto de la necesidad del capitalismo por mantener su consumo incesante de recursos, ante el agotamiento de materiales y energía fósil. Al mismo tiempo, funciona como lavado de cara que oculta la práctica de depredación y mercantilización de todo lo viviente bajo el acto de fe en la desmaterialización y en una tecnología dominada por el poder corporativo. Entender el colapso como momento crítico para ensayar otras formas de organizarse desde las restricciones ecológicas vigentes, asumiendo la ecodependencia que nos constituye como entes vivos, podría complementar los esfuerzos de planificación y regulación necesarios para la *amalurización* de nuestros modos de vida.

3.2. Desmercantilización o "menos dinero y más colectivo"

Sabiéndonos hoy por hoy dentro de la rueda, apostamos por mitigar la *esclavitud del salario*, esto es, la hegemonía del ingreso individual como forma de resolución de nuestras vidas, para avanzar en fórmulas no monetizadas ni individualizadas de organización social a través de una alianza público-comunitaria que ensaye nuevas fórmulas de copropiedad y cogestión. En definitiva, se trata de descentrar los mercados capitalistas, el espacio natural en el que explota, domina y ejerce su control el poder corporativo; y que se sostiene sobre una *cara-B* de trabajos esenciales invisibilizados, feminizados y racializados, aquellos de los que nunca habla la economía *de verdad*.

Planteamos tres ideas-fuerza que desarrollan este eje. La primera consiste en la *colectivización de los principales medios de reproducción de la vida*. Abogamos por la publicación, desde nuevas concepciones de lo común y a partir de planificaciones democráticas, de aquellos sectores que definamos colectivamente como *sectores esenciales* por estar directamente vinculados a la sostenibilidad de nuestras vidas. Entendemos que están sin duda dentro de esta categoría: los [cuidados](#), especialmente los vinculados a la infancia y situaciones de dependencia (atacando su doble privatización: en lo privado-mercantil y en lo privado-doméstico); la agricultura y la alimentación; la energía y los bienes naturales; la educación, la salud y los servicios sociales. Si son esenciales para la vida, no pueden estar sujetos al ánimo de lucro; la vida no es un negocio.

Pero la lógica de publicación y primacía del interés general sobre la ganancia también ha de afectar a ámbitos clave para el presente y futuro de nuestro sistema socioeconómico, como las finanzas, por un lado, y los datos y la inteligencia artificial, por el otro. Según sectores, esta apuesta por lo público-común puede traducirse en sacarlos de manera inmediata y total del radio de acción del ánimo de lucro. Así, por ejemplo, en la gestión del agua, entendiéndola como *monopolio público-comunitario*; los *big data*, mediante la generación de un banco público de datos; o la atención a la dependencia, asumiéndola como servicio público universal, gratuito y de gestión directa. O puede plantearse como un proceso gradual de expulsión del ánimo de lucro mediante la regulación estricta del mercado y la garantía de existencia de alternativas público-comunitarias; como con las finanzas, la vivienda o la alimentación. En todo caso, es una apuesta que pasa también por apoyar e impulsar fórmulas que impugnan la propiedad privada, rompiendo incluso con la legalidad vigente, como la okupación o los centros sociales autogestionados.

La segunda se refiere a la *redistribución, revalorización y reorganización de todos los trabajos*. Frente a la división internacional sexual y racializada de estos, así como a su lógica inherente de competición transnacional por situarnos en las escalas superiores de la jerarquía laboral global, es clave apostar por su redistribución, tanto en lo referente al empleo como a los no remunerados en su *cara-B*; y por su revalorización, conectando su valor con el aporte al sostenimiento de la vida, no al proceso de acumulación. Esto daría lugar a una [reorganización de los trabajos](#), en la que los más esenciales sean los primeros en salir del

terreno mercantil capitalista. Abogamos así por sacar de los hogares una pluralidad de trabajos que han de ser responsabilidad colectiva, como los vinculados a situaciones de dependencia; impulsar una legislación laboral que defienda la vida que hay tras la mano de obra, con énfasis en los derechos de conciliación; la dignificación del empleo de hogar y su plena equiparación con otros sectores; el combate a la uberización del empleo y a la figura del falso autónomo/la falsa autónoma; revisar las tablas salariales desde su aporte a la sostenibilidad de la vida; establecer topes salariales máximos y mínimos; reducir la jornada laboral sin rebaja salarial; revertir las brechas salariales de carácter racial y sexual; y garantizar las condiciones de negociación de la clase trabajadora y sus organizaciones sindicales.

La tercera plantea la *desmercantilización y deslaboralización del marco de derechos*. Estos hoy se encuentran hoy fundamentalmente vinculados al mercado laboral (desempleo, pensiones, viudedad, estatus migratorio, etc.) y/o atravesados por cierto nivel de copago en su materialización. Frente a ello, planteamos una transición hacia su consideración como derechos ciudadanos, más allá de si se ha cotizado o no, o de si existe o no una caja común. Y planteamos un proceso de regularización incondicional y extraordinaria de las personas migradas y refugiadas, apelando si es necesario al momento crítico.

Desmercantilizar ámbitos, trabajos y derechos es un eje clave para romper con la trampa de la acumulación. ¿Qué decir entonces de la renta básica universal? En nuestra opinión, en la medida en que garantiza ingresos individuales para consumir en el mercado, se trata de una propuesta

posicionada dentro de la rueda capitalista, aún deslaborizando su acceso. Por eso, no podemos situarla como eje vertebrador de nuestro horizonte emancipador. Tener una renta básica universal no nos libera del dominio capitalista de nuestro tejido socioeconómico ni de la esclavitud del dinero capitalista. No obstante, si su puesta en marcha no sustituye, sino que complementa derechos, avanza en mecanismos de carácter colectivo, y se aplica con una vigencia determinada dentro de una estrategia de transición de mayor calado, pudiera ser una herramienta útil.

3.3. Descorporativización o "contra las grandes empresas, ya"

De manera complementaria a la desmercantilización, revertir el ingente poder acumulado por las corporaciones en favor de la clase trabajadora –sobre todo el de los sujetos que, dentro de ella, se sitúan hoy en su *cara-B*–, es un eje fundamental. Además de dismantelar los mercados, el espacio natural de la acumulación, se apuesta por fortalecer el poder popular atacando directamente a las empresas más poderosas, regulando al poder corporativo y recuperando espacios democráticos.

En este sentido, abogamos primero por el *desmantelamiento de la arquitectura político-jurídica de la impunidad corporativa*. Las grandes empresas han pergeñado un modelo global de gobernanza que, bajo una ínfima intensidad democrática, blinda sus intereses y garantiza que no deban responder por violaciones de derechos en base a una especie de [constitución corporativa](#)

global. Una maraña en la que tratados, normativas, etc., se entretejen para dar como resultado algo similar a una norma suprema que actúa a nivel transnacional al servicio de los grandes intereses empresariales. Es clave derribar esta arquitectura al servicio de las multinacionales, desde los organismos económicos multilaterales (OMC, FMI, BM, etc.) a los peligrosísimos **tratados de comercio e inversión de última generación.** Además, es importante meter en agenda un análisis crítico de proyectos regionales como la Unión Europea, cuyos tratados y cuyo sistema euro estrecha el marco de lo posible a una perspectiva estrictamente neoliberal.

En segundo lugar, apostamos por *regular al poder corporativo en favor de la clase trabajadora.* Más allá de las propuestas laborales ya explicitadas, planteamos el incremento de las pensiones mínimas; la regulación de la vivienda (precios, suelo, prohibición permanente de desahucios, parque público estrictamente vinculado a alquiler social, vivienda en cesión de uso); la asunción de la ciudadanía universal frente a las leyes de extranjería; el control del mercado para impedir oligopolios y concentraciones de capital; el impulso de estrategias de defensa de los derechos y reciclaje de las trabajadoras en empresas y sectores en desmantelamiento. En coherencia, abogamos por una *fiscalidad progresiva* que prime la imposición directa sobre la indirecta, con énfasis en las ganancias corporativas, el patrimonio y las rentas medias y altas. Es fundamental luchar contra el fraude, recuperar los impuestos sobre las grandes fortunas, eliminar toda la ingeniería vinculada a deducciones y bonificaciones, así como ensayar propuestas complementarias para momentos excepcionales, por ejemplo las diferentes

variantes de **tasa covid.** Estas se sitúan indudablemente dentro de la rueda, pero tienen potencial para posicionar la obligación de que quienes más tienen, más pierdan ante las crisis. Y podemos combinarlos con fórmulas para el fortalecimiento del poder de los pueblos frente al poder corporativo, como son las auditorías ciudadanas sobre la deuda ilegal, ilegítima, insostenible y odiosa, que den lugar a un planteamiento firme de "no debemos, no pagamos".

Tercero, planteamos la descorporativización desde el *impulso de iniciativas y sistemas basados en otras economías,* favoreciendo el aumento de escala de los espacios que ocupan la economía solidaria, transformadora y popular, la soberanía alimentaria, las cooperativas, las PYMES, etc. Las instituciones públicas deberían acompañar este proceso priorizándolas en base a normativa y cláusulas en la compra e inversión pública, y favoreciendo propuestas innovadoras como las cooperativas integrales de cuidados, entre otras medidas posibles.

Una mención aparte merece, dentro de la apuesta por la descorporativización, la economía digital. Esta, pese al relato de su carácter colaborativo y horizontal, ha hecho avanzar al poder corporativo a donde antes nunca había llegado, tanto en tamaño como en capacidades. Unas pocas empresas estadounidenses y chinas controlan todo el proceso económico, desde la materia prima (datos) y los espacios (plataformas), hasta los muy diversos servicios de inteligencia artificial. Las izquierdas no se pueden permitir asumir esta realidad acríticamente; la creación de bancos públicos de datos y el desarrollo público-social de servicios en favor del interés general son elementos indispensables en toda estrategia emancipadora.

3.4. Territorialización o "soberanías en lo local"

La tendencia hacia una mayor hiperconexión global, la deslocalización y la complejización de los circuitos socioeconómicos ha demostrado su fragilidad e inviabilidad, además de haber generado un marco corporativo de gobernanza y un patrón muy desigual de poder y acumulación a escala internacional. Apostamos por revertir la actual primacía de lo global en favor de lo local y lo cercano, lo asumible en términos de ecosistemas, lo abarcable política y democráticamente. No planteamos la eliminación definitiva –aunque sí la redefinición de roles– de las escalas global, regional y estatal, porque esa interconexión no solo existe, sino que es, probablemente, deseable.

Proponemos como primera idea-fuerza un *nuevo modelo de gobernanza global*, que acompañe al desmantelamiento de la [arquitectura de la impunidad](#) ya comentado, y que sea en base a una nueva arquitectura política con capacidad real para enfrentar democráticamente los retos que compartimos, como el cambio climático, la redistribución ecológica o las migraciones. Estos desafíos evidencian la inter- y ecodependencia de la trama de la vida, por lo que necesitamos avanzar en estructuras democráticas que los aborden de manera decidida desde un marco de defensa de derechos y de la vida colectiva, y estableciendo compromisos vinculantes.

En segundo término, planteamos la *revisión de la figura del Estado-nación*, en línea opuesta a la actual captura corporativa. Creemos que este puede cumplir un papel dentro de

la apuesta por una alianza público-comunitaria, pero debe redefinir su naturaleza en este sentido, además de avanzar en la respuesta a las legítimas demandas de autodeterminación y soberanía de los pueblos. Las estructuras estatales derivadas de toda una historia de colonialismo e imperialismo no pueden permanecer inalteradas si queremos que sean sujetos de la transición que deseamos. Es clave arrebatar este debate de cualquier horizonte supremacista y de blindaje de comunidades-fortaleza, siempre con la prioridad por lo local como horizonte y con la conjunción de las soberanías feminista, alimentaria y energética.

En último lugar, defendemos el *arraigo de los modelos socioeconómicos en el territorio*, la simplificación y el acortamiento de los circuitos económicos. Necesitamos circuitos económicos más pequeños y sencillos, de los que podamos sentirnos parte responsable, desde la comprensión de cuál es la posición que ocupamos cada quien. Las cadenas alimentarias y las de cuidados son dos ámbitos estratégicos por los cuales comenzar esta relocalización. En esa misma lógica, abogamos también por abrir el debate sobre la *recampesinización de nuestras sociedades*, rompiendo con el pensamiento de *fatalidad urbana* que está en la raíz de nuestras nociones de progreso.

4. CONTINUANDO EL DEBATE

Amalurrizar, desmercantilizar, descorporativizar y territorializar la organización de la vida, revirtiendo prioridades y abriendo el marco de lo posible desde una redistribución radical e integral atravesada por la

lucha de clases, el feminismo y la decolonialidad, es la identidad de nuestro marco de referencia. Dado su carácter inacabado y situado, nos gustaría seguir debatiéndolo, alimentándolo y enriqueciéndolo junto a otras. Y que, a su vez, sirviera como herramienta de contagio, discusión e inspiración para impulsar y multiplicar diferentes estrategias de transición, a partir de sujetos, agentes, situaciones y contextos diversos.

El reto de fondo está en combinar ejes, ideas-fuerza y propuestas concretas dentro de estrategias que aúnen con audacia horizonte y urgencia, *cara-A* y *cara-B*, redistribución, reconocimiento y representación. Es una tarea plagada de tensiones, urgente y necesaria en estos momentos críticos de agudización del conflicto capital-vida. Pongámonos a ello, para no caer en el desánimo.

